

## DEVANEOS EN TORNO A MCLUHAN, O FORMAS PARA PROSEGUIR UN FESTEJO

*Tanius Karam*

### Polémica sobre el sentido de McLuhan como clásico de la comunicación académica

**L**os festejos por el centenario de McLuhan a partir de 2011 justifican el debate sobre varios aspectos: en primer lugar lo que conlleva la idea de “clásico” dentro de los estudios académicos de la comunicación. En ese sentido, es importante diferenciar lo que para Fuentes Navarro es esta comunidad, a la que gusta llamar –desde su labor como cronista de un campo académico, el mexicano– “apercibida”, una de cuyas características es su desorganización conceptual. No es el propósito de esta entrada analizar los porqués y las razones de dicho rasgo, incluso en su relación con McLuhan, lo cual ya hemos abordado en otro trabajo. Lo que ahora nos interesa es subrayar algunos indicadores que nos permitan aquilatar –en la medida, dentro de ese justo medio que tiene de un extremo el anatema y del otro la idolatría– el valor que McLuhan tiene como clásico de ese mismo pensamiento académico que sólo recientemente comienza a estudiarlo de una manera un poco más objetiva, lo que siempre supone tomar en

cuenta el contexto y sobre todo una lectura acuciosa del autor, que no estamos seguros se haya hecho en el pasado.

Otra discusión vinculada a lo anterior, es reflexionar sobre la dificultad implícita para marcar o reconocer el valor de “clásico” (comillas, más que obligadas) a autores dentro de los estudios académicos de la comunicación, y aquí es importante subrayar que lo clásico remite sobre todo a una tradición universitaria, académica que dista por ejemplo del valor que ese término puede tener en otros espacios de producción de conocimiento en comunicación (pensamos en áreas específicas, publicidad, relaciones públicas). Una primera razón de esta dificultad radica, entre otras, a la parcial juventud de los estudios de comunicación, a la relativa desorganización de la comunidad académica para decidir –aun en el ámbito preciso de los estudios sobre medios– dichos autores, esquemas, modelos o premisas fundamentales que faciliten el establecimiento de esos saberes compartidos en manuales, programas, currículo, etcétera. Una manera de comprobar este efecto, es preguntar a cualquier estudiante de licenciatura en comunicación (o afines, porque hay varias decenas para denominar al profesional de esta “área”) por los autores, libros que determinan eso que regula los saberes comunes dentro de la comunicación. Pensemos en oposición lo que podría responder cualquier estudiante de ciencia política o sociología, que quizá no tendría duda alguna en señalarlo. Ahora bien, no significa que no existan en comunicación o estudios académicos de medios, sino que su valor como saber compartido es muy distinto al que por ejemplo puede concitar *El capital* de Marx, *El suicidio* de Durkheim para un sociólogo; o el *Leviatán* de Hobbes, *El Príncipe* de Maquiavelo, para un politólogo.

En un primer momento, la idea de “clásico” en comunicación puede parecer problemática que podríamos incluir –de acuerdo con el referente de comunicación que se tenga– algún texto de Walter Lippman sobre la opinión pública o de Georg

Simmel sobre la socialización. Más cercano al campo de estudio de los medios en Estados Unidos y América Latina, podemos reconocer la teoría de la información de Shannon y Weaver, que las célebres investigaciones –de quien es sin duda uno de los indiscutibles *founding fathers* de los estudios de medios– de Paul Lazarsfeld. Por otra parte, libros que podrían ser clásicos como *Cibernética* de Wiener, o *Pasos hacia una ecología de la mente* de Bateson, no lo son, y ni siquiera son vistos en parte en las bibliografías de nuestros cursos de teoría en licenciatura.

En cuanto al tipo de libros, también podemos introducir una discusión. Si bien la acepción de “clásicos” no operaría para divulgadores, como el caso de los manuales de De Fleur y Ball-Rokeach<sup>1</sup> y Dennis McQuail<sup>2</sup> que a tantas generaciones de estudiantes han formado, son manuales cercanos a la difusión, porque sus propios autores han introducido visiones propias y particulares. En el caso de Iberoamérica, sin duda un texto en esta dirección son los recuentos que hizo Miquel de Moragas, como manual y en su revisión historiográfica.

En lo que se refiere a los objetos, si bien esa idea de clásico se construye principalmente desde la *comunicación de masas*, hay que señalar las diferencias entre los campos académicos: por ejemplo el anglosajón del hispanoamericano, el primero integró a la comunicación interpersonal (*speech communication*), en ese sentido la pertinencia de la Escuela de Palo Alto es central. Ahora bien, dónde ubicar obras por ejemplo como la de Régis Debray<sup>3</sup> –no muy alejada de la obra de McLuhan, aunque él no lo cite– como

<sup>1</sup> M.L. De Fleur y S.J. Ball-Rokeach, *Teorías de la comunicación de masas*, Barcelona, Paidós, 1985.

<sup>2</sup> Dennis McQuail, *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Barcelona, Paidós, 2001.

<sup>3</sup> Régis Debray, *Introducción a la mediología*, Barcelona, Paidós, 2001.

obra teórica importante dentro del campo europeo, la única que conocemos que propone pensar la historia desde la *mediología*, una disciplina que nos parece importante como fuente posible, aún por desarrollar, de la comunicología. No aparece referido ni mencionado. Entre otras razones porque sólo recientemente se ha introducido esta postura que analiza las implicaciones socio-culturales, históricas en los procesos de transmisión-difusión en lo que refiere al “medio” mismo en tanto vector que modela las dinámicas de comunicación.

Finalmente, un criterio más para discutir la cuestión de los clásicos, es por fuente de pensamiento. Si bien reconocemos que es casi imposible establecer una genealogía rígida como la única detentadora de la verdad en comunicación, podemos reconocer varias fuentes del pensamiento, cada una con su propia constelación de autores clásicos, fundantes del pensamiento o formuladoras en cada tradición o genealogía; es el caso del valor que podrían tener los *Ensayos de lingüística general* de Jakobson o *La estructura ausente* de Eco para la fuente semiolingüística; o bien *La gente elige* de Lazarsfeld o *Los medios de comunicación* de Wright, para el caso de la sociología funcionalista. Aquí por cierto cabe subrayar la originalidad de McLuhan, en cuanto que resiste una clasificación acartonada, y llevó en la historia de la difusión de su pensamiento dentro de las escuelas de comunicación en absurdos apenas concebibles, como la de alguien que ubicaría al autor canadiense dentro de cierta interpretación del funcionalismo norteamericano en comunicación, seguramente porque escribía en inglés y sobre tecnologías, en una época en la que imperaba dicha interpretación en la naciente academia latinoamericana.

No resulta descabellado proponer a McLuhan, si en cuanto criterio de originalidad refiere, como un clásico, ya que al menos dentro de las siete fuentes del pensamiento que propuso en su

momento el grupo de Comunicación Posible<sup>4</sup> no aparece una donde claramente podamos incluir a McLuhan. Ello no significa que sea inclasificable, sino que resiste a estereotipos o caracterizaciones fáciles. Pensamos que nadie puede restar méritos al autor canadiense para considerarlo un clásico en comunicación, al menos en sus dos libros más emblemáticos editados a principios de la década de 1960,<sup>5</sup> que revisten fenómenos en sí mismos de una originalidad irrenunciables y que quizá por ello fueron objeto de vituperios, burlas y parodias como se puede leer en las innumerables críticas que recibió. No significa que no existieran en sí mismos aspectos criticables o cuestionables, ni tampoco que todo lo escrito tenga el mismo valor admonitorio o profético, pero no puede restársele originalidad y anticipación, a lo que se suma el carácter de McLuhan como gran polemista, acaso más que infalibilidad como gurú tecnológico. El autor fue un ensayista y conferencista con una gran sensibilidad para describir los nuevos fenómenos de medios y tecnologías en estilos y formas infrecuentes dentro de su década, cuando de hecho el discurso dominante en las comunidades académicas –al menos en las latinoamericanas– era de corte sociocrítico y una perspectiva después bautizada de “apocalíptico”, con fuerte sentido crítico de las consecuencias sociales hacia las tecnologías, acaso mejor sentenciada por Herbert Marcuse en su célebre *Ensayo sobre la emancipación*, donde anatemiza contra la tecnología por considerarla alienante, muy distante de las disquisiciones macluhianas sobre

<sup>4</sup> Cf. Jesús Galindo, Tanius Karam y Marta Rizo, *100 libros. Hacia una comunicología posible*, México, UACM, 2005.

<sup>5</sup> Marshall McLuhan: *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, University of Toronto Press, 1962; *Understanding Media: The Extensions of Man*, Nueva York, McGraw-Hill, 1964.

el espacio, el tiempo, la cognición y la manera en que las tecnologías modelan nuestro sentido de la percepción y las relaciones sociales, con las implicaciones que ello tiene para la economía y el trabajo, la política y la vida cultural.

McLuhan es un clásico de los estudios de comunicación, en muchos sentidos. En los primeros años de su difusión y presencia, mucho más criticado y estereotipado que leído o analizado, a lo cual sin duda contribuía su polémica personalidad, su forma provocadora de hablar y poner ejemplos con tono categórico y enfático. Neil Postman dice en un testimonio, que con McLuhan no se podía conversar, sino solamente escucharlo. Por ello, como lo compartiremos en el siguiente apartado, las formas de acercamiento me parece que salvo excepciones pasaban primero por un aprendizaje tardío, por una recepción paulatina que podía llegar a tener (o no) momentos de fascinación cuando no idolatría, para luego regresar a un punto medio donde quizá muchos nos encontramos. Esta trayectoria, que al menos con no pocos colegas hemos compartido, lo cual refleja un rasgo de la obra y la persona, del complejo acoplamiento entre la personalidad, los supuestos y la puesta en escena por lo general radical y polémica.

Por más que el término “clásico” es una entidad, como hemos mostrado, sujeta a varias interpretaciones a partir de los criterios que se sigan, queremos subrayar algunos aspectos que se aplican al pensamiento del autor canadiense: en primer lugar abre un espacio conceptual o tiene la habilidad de reformular aspectos procedentes de la literatura y la ingeniería, de la poesía y la física al estudio cultural de las tecnologías. No es el primero en señalar los aspectos y consecuencias cognitivas de las tecnologías y cómo éstas impactan el desarrollo de las culturas, pero sí es el primero en hacerlo mediante aforismos, y quien busca relaciones que fuera de contexto pueden parecer extravagantes. De la misma manera tiene un estilo que frecuentemente puede ser críptico: leamos por ejemplo las primeras decenas de páginas de

*La Galaxia Gutenberg*, donde fácilmente podemos caer en la tentación de abandonar un libro que parece ofrecernos algo distinto al título, un ensayo que nos da la impresión de un foco alejado, extraño, poco centrado al estudio de lo literario o propiamente lo comunicativo. El resultado es una obra que parece extraña en el sentido que dista del ensayo literario o filosófico, y no podemos concederle siquiera un atisbo antropológico. Así, McLuhan también heredó no solamente unos conceptos, sino un estilo particular en su escritura y en su “puesta en escena” como conferencia, curso, entrevista periodística en diversos espacios públicos. Difícil decir “única”, pero no podemos restarle ese carácter provocador que ha funcionado como arma de doble filo: mientras ha alejado a muchos de su obra y figura; para otros ha sido un elemento encantador de atracción y clarividencia al grado que frecuentemente se le confieren atributos que no tuvo. McLuhan fue un autor de su tiempo en tanto que supo hablar de cosas sabidas en nuevos odres, y aventurar algunas de sus implicaciones. Si algo podemos festejar, dentro de los posfestejos a cien años de su nacimiento, es justamente esa posibilidad de encontrarnos con McLuhan como quizá nadie pudo hacerlo mientras vivía, de releerlo a la luz de ese mundo fascinante aunque no carente de perturbación; ahí radica quizá el interés de McLuhan, que es capaz de ofrecernos una mirada actual, aforismos y metáforas para reflexionar sobre los medios.

### A guisa de confesión y formas de un arribo

Muchos llegamos “tarde” a McLuhan, además después de un proceso no carente de altibajos y prejuicios. Resulta, en algún sentido, entendible cómo en las décadas de 1960 y 1970 el pensamiento de este autor fuera el campeón de la “mala reputación” prácticamente en todo el campo académico de la comunicación

de nuestra región, al grado que salvo algunos círculos, no es posible encontrar visos laudatorios o reconocimientos anticipados a su contribución. Desde mis primeras clases en la licenciatura en la década de 1980, me llamó la atención la referencia a McLuhan como esa especie de “malo-de-la-película”, que muchos aprendimos a citar como una especie de vacuna, y también para ubicarnos dentro de los discursos funcionales de la academia; siempre su nombre se introducía en medio de guiños irónicos o sarcásticos para resaltar algún otro aspecto de los medios. También algunos de mis profesores lo citaban como una especie de moda —aunque no vi a alguien que lo dominara o citara correctamente—, pero sin ningún tipo de vínculo. McLuhan representaba una especie de anti-pensamiento, algo así como el ejemplo de las consecuencias de un imperialismo que le daba un valor en sí mismo a la tecnología y que en sí mismas representaban —según querían reflejar estos dilectos divulgadores o aletargados académicos—, las formas erróneas para concebir a la comunicación y los medios.

Por lo anterior, podemos suponer que prácticamente hasta la muerte de McLuhan, la crítica del pensamiento académico latinoamericano fue total. El listado de críticas abarca de hecho varios campos y áreas, e incluye por ejemplo a nuestro Nobel Octavio Paz, quien en su ensayo sobre Lévi-Strauss en pleno auge del estructuralismo francófono, no limita juicios contra McLuhan: “la idea de Marshall McLuhan, que atribuye a la imprenta la transformación de Occidente, es infantil”;<sup>6</sup> o Carlos Monsiváis, quien desde su primer libro de crónicas-ensayos<sup>7</sup> parodia a McLuhan

<sup>6</sup> Octavio Paz, “Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo”, en *Ideas y costumbres II. Usos y símbolos. Obras completas*, edición del autor, tomo 10, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 541 [primera edición: Barcelona, Seix Barral, 1967].

<sup>7</sup> Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, México, Era, 1970.



y su estilo fragmentado; o incluso el gran columnista mexicano Manuel Buendía,<sup>8</sup> quien más que su pensamiento, relata una anécdota un tanto incómoda al señalar cómo McLuhan habría repetido una conferencia, “refrito a su vez de otra presentación y por la que habría cobrado diez mil dólares”.

Quizá la primera imagen no necesariamente peyorativa, es la de un viejo video –mucho tiempo después de haber cursado la licenciatura– que, luego sólo de manera casual y sin estar preparado (como para grabarlo), he visto en la televisión, en la que se muestra la participación del autor canadiense (en 1974), dialogando con otros *highlights* internacionales de la comunicación en el “Primer Seminario Internacional de Comunicología”, realizado en el puerto de Acapulco, organizado por Miguel Sabido y Eulalio Ferrer, y producido por Televisa. En ese debate aparecen Umberto Eco, Abraham Moles y otros, y siempre se le observa combativo y polémico, en extensas explicaciones. Ahora que podemos ver varias entrevistas (imposible encontrar la referida de Acapulco por más que hemos invertido tiempo en el fascinante YouTube) podemos entender esa cierta animadversión de una figura original y sin parangón tanto en su época como muchos años después.

Otro video, o más propiamente fragmento de película, también asociado a 1977, lo muestra en la película *Annie Hall* de Woody Allen, donde el director neoyorquino lo usa para debatir con un académico petulante que impresiona a su acompañante sobre aspectos de la televisión. En una fila del cine para ver una película de Bergman, el personaje que interpreta Allen comienza a

<sup>8</sup> Citado por Octavio Islas, “Marshall McLuhan: 40 años después”, *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, núm. 86, Quito, 2004 [<http://chasqui.comunica.org/content/view/105/59/>], fecha de consulta: marzo de 2011.

quejarse del académico, Keaton le pide no prestar atención. Después de un rato, y para callar finalmente al autoelogioso profesor, Allen saca de una mampara al propio McLuhan quien denuesta contra el académico autocomplacido en su interpretación del autor canadiense. La escena es impecable, de lo que es sin duda una de las mejores películas de Allen, donde vemos la doble autoridad de McLuhan como la figura central para referir las cuestiones sobre televisión, y para corregir a quien por otra parte citaba al autor canadiense presumiendo conocerlo. McLuhan aparece aquí como una personificación del estado anímico del personaje de la cinta (actuado por Allen) quien, por otra parte y en algo, constituye también lo deseable de la vida.

Con el tiempo se fue mostrando otro lado del péndulo. En mi caso arribó no sé cuántos años después la lectura y análisis real de las obras mcluhanianas, ya fuera del fervor o fobia, lo han ubicado en un autor ciertamente visionario, pero pensador de su tiempo, con sus propias limitaciones en medio de sus increíbles intuiciones. En algún sentido, estamos viviendo la mejor época para releer al autor, y en ese sentido su centenario ayudó. No podemos atribuirle todo lo que pasa en las tecnologías, ni pensar que lo predijo todo. Con frecuencia autores como él, necesitan del tiempo y la distancia para apreciar su contribución. Por ello, leerlo hoy confiere un placer particular, como el que me imagino ha tenido cada generación para denostarlo o alabarlo, como se hizo a partir de la popularización de la internet.

### McLuhan, entre sus influencias e interlocutores

Una de las estrategias para conocer a nuestro autor, es indagar en sus influencias y en sus interlocuciones. Imposible hacer juicio sobre autor alguno, sin antes –al margen de interpretaciones ya hechas– revisar con cierto cuidado eso que Foucault llamaría

“condiciones de posibilidad” que permiten entender el discurso que vehicula, algo sobre sus interlocutores y trifulcas propias que restan inteligibilidad a un discurso.

McLuhan había comenzado estudios de ingeniería y luego ingresó a la Universidad de Manitoba para estudiar literatura inglesa, antes de obtener una beca que le permitiera continuar sus estudios en la prestigiada Universidad de Cambridge en el Reino Unido. En su tesis doctoral analizó la obra del dramaturgo inglés Thomas Nashe, miembro del famoso grupo de escritores ingleses del siglo XVI conocido como “University Wits”. De este grupo cabe recordar un ilimitado entusiasmo por los aforismos y juegos de palabras que influiría en la generación de tantos eslóganes del tipo “el medio es el mensaje” o “el medio es el masaje”. La lectura de Nashe le hizo interesarse por la retórica, por figuras como la hipérbole y paradoja y lo citará de hecho en varios aforismos de *La Galaxia Gutenberg*, como “la polifonía de la prosa de Nashe peca contra el decoro lineal y literario”.

En el Reino Unido prosiguió el estudio de autores como William Butler Yeats, T.S. Eliot y Ezra Pound —a quien visitó en el manicomio de St. Elizabeth—, y especialmente James Joyce, a quien de hecho aplicaba en sus estudios sobre medios. Junto con el autor de *Ulyses*, su otro gran autor favorito fue el también católico, Chesterton, creador del lúcido personaje el padre Brown, y fue a este autor a quien dedicó su primer texto académico en 1936. Para Lozano<sup>9</sup> fue quizá Joyce quien más fascinaría a McLuhan, sobre todo por su capacidad de crear mundo llenos de visiones y sonidos discontinuos que requerían del lector una participación

<sup>9</sup> Jorge Lozano, “¿Quién teme a Marshall McLuhan?”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, núm. 18, julio-octubre, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001 [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero18/mcluhan.html>], fecha de consulta: marzo de 2011.

activa; de esa consideración –sigue Lozano– surgiría probablemente su constante recurso a los aforismos, siempre incompletos y que requieren por ello una particular participación del lector. Así, en sus escritos son frecuentes los saltos de un párrafo al sucesivo sin un nexo lógico evidente; deja un espacio, un intervalo que permite al lector completar el razonamiento por su propia cuenta.

La paradoja inunda el estilo de McLuhan así como los aspectos aforísticos en medio de referencias cruzadas entre el mundo literario, el ingenieril y el propiamente cultural mediados –estos campos del saber– por la preocupación de la tecnología como sentido múltiple, y de manera particular como esa metáfora –tomada de la antropología– de verla como extensión de los sentidos, para que luego afirme que dependiendo del tipo de tecnología de comunicación que se utilice con mayor difusión, o en mejores términos, variarán las culturas. El aparato filosófico y argumentativo es particular, muy distinto a lo que frecuentaba el ensayo dentro de las humanidades y ciencias sociales, por eso Jordi Berrio<sup>10</sup> señala que resulta inútil querer evaluar los textos de McLuhan desde los estándares convencionales que usan estas disciplinas, así como dar coherencia textual y lógica a una obra como la del autor que nos ocupa. McLuhan jugaba así con la definición literaria del ensayo al decir que él no explicaba nada, sino simplemente exploraba, es decir, una decantación más cercana al ensayo literario que a la indagación “científica”, todo ello en una época dominada por los enfoques conductistas en psicología, cibernéticos o informacionales en la comunicación, que aunque

<sup>10</sup> Jordi Berrio, “La obra de McLuhan o el trabajo intelectual como provocación”, *Aula abierta. Lección del Portal*, Barcelona, INCOM-Universidad Autónoma de Barcelona [<http://www.portalcomunicacio.es/download/19.pdf>], fecha de consulta: abril de 2011.

no le eran lejanos, los consideraba incompletos. A todas luces es así McLuhan un escritor incómodo, efigie que él mismo reforzaba en sus presentaciones, en su construcción como “gurú” y a tono con expresiones colocadas en las solapas o contraportadas de algunas ediciones que lo declaraban como el más importante autor desde Newton, Darwin, Pavlov y Einstein.

Con toda la originalidad que puede reconocérsele, McLuhan es también deudor de sus interlocuciones y cercanías intelectuales; una de las más notables y evidentes fue la que recibió del economista canadiense Harold Adams Innis (1894-1952), de quien siempre aceptó sus tesis centrales sobre los cambios aparejados existentes en la cultura, la sociedad y la civilización, vinculados a los cambios de los medios de comunicación. Innis deja ver tanto en *Empire and communication* como en *The bias of communication*<sup>11</sup> que el sistema de comunicación dominante en una civilización determina su organización política. En su obra, este economista hace un recorrido histórico desde el antiguo Egipto hasta nuestros días para conocer la relación existente entre poder, expansión económico-política y el desarrollo de las vías y sistemas de comunicación e información, incluida la lengua como elemento vertebrador y de fijación de las marcas expansivas. Innis establece una doble división de los medios: los que están ligados al tiempo (manuscritos, comunicación oral) y al espacio, esto es, a la diseminación espacial que proporcionan los soportes tecnológicos (desde la imprenta a los medios electrónicos). En *The bias of communication*, Innis relaciona la forma de comunicación con la organización política, interacción que le autorizaba a sugerir, por ejemplo, que si la invención del alfabeto fónico –y por tanto el

<sup>11</sup> Harold Adams Innis: *Empire and communication*, Toronto, Universidad de Toronto, Clásicos Voyageur, 1950; *The bias of communication*, Universidad de Toronto, 1951.

uso de la imprenta y del papel— había permitido el desarrollo de los imperios, la cultura oral, como en la antigua Grecia, favorecía un tipo de sociedad con un alto grado de participación e imaginación. La influencia de este autor en la división tripartida de las etapas de evolución cultural con base en las tecnologías de información (pre-alfabética o sociedad oral; alfabética o cultura escrita; era electrónica o aldea global) es clara.

McLuhan refería con frecuencia a Innis como su maestro. Si bien fueron contemporáneos en la Universidad de Toronto, apenas se conocieron personalmente. Por ejemplo en una carta de finales de 1948, McLuhan escribe de manera incorrecta el nombre de Innis y es hasta 1951 que comienza a leer su trabajo, al dar cuenta que Innis había incluido la ficha bibliográfica de *The Mechanical Bride* en su libro. McLuhan reconoció que debía saber más sobre Innis, por lo que leyó el artículo “Minerva’s Owl”, el cual le impresionó tanto que en *La Galaxia Gutenberg* diría que todo su libro es una nota al pie de página de las observaciones de Innis. A McLuhan siempre le llamó la atención el estilo de Innis, lo vio como una especie de artista exponiendo sus ideas—aforismos que formaban patrones— del tal modo que parecían conformar un mosaico en el que el lector hilaba descubrimientos a partir de la exploración y la meditación; de la misma manera, le llamó mucho la atención su método: desde el punto de vista de Innis no estudiaba el contenido de las estructuras —por ejemplo, los tipos de libros en las viejas bibliotecas—, sino más bien la existencia de bibliotecas. Babe sugiere incluso que el célebre aforismo “el medio es el mensaje” se formuló mientras McLuhan leía la introducción de *Empire and communication*. En ese sentido queda pendiente explorar, aún más, los nexos e intertextualidades en el pensamiento y en el estilo: al parecer McLuhan apreció invaluablemente los catálogos que Innis trazaba donde extrae conclusiones basadas en la repentina realización de una estructura, de aquí que más adelante McLuhan recomiende un “patrón

de reconocimiento” como estrategia para abrirse camino en una era saturada de información.<sup>12</sup>

Junto con Innis, es quizá Eric Alfred Havelock (1903-1988) otro interlocutor que abordaba preocupaciones muy cercanas. Este autor de origen inglés, quien pasó la mayor parte de su vida en Canadá y Estados Unidos, rompió con sus maestros y propuso un método nuevo en la comprensión del mundo clásico, basado en la división entre la literatura de los siglos VI y V a.C., por un lado y la del siglo IV a.C. por el otro. Su libro más conocido, y que de hecho el propio McLuhan consideraba como el más importante del autor, era *Preface to Plato*<sup>13</sup> —publicado un año después de *La Galaxia Gutenberg*—, donde analiza los cuestionamientos del filósofo contra la poesía; McLuhan consideraba que éste había sido el primer estudio de letras clásicas en realizar una investigación cuidadosa sobre la manera en que el alfabeto fonético había creado un desequilibrio en el mundo antiguo.<sup>14</sup> Para Elizondo, la mayor parte del trabajo de Havelock consiste en desarrollar una sola tesis: el pensamiento occidental nace gracias a un profundo cambio en la forma de organizar las ideas por parte de la mente humana al transformarse la filosofía griega, desde un punto inicial oral, a ser escrita y leída. Por su parte, Havelock explicaba su vínculo con McLuhan de la siguiente manera: si el autor de *La Galaxia Gutenberg* había llamado la atención sobre los

<sup>12</sup> Cf. Robert E. Babe, *Canadian communication thought*, citado por Jesús Octavio Elizondo Martínez, *La Escuela de Comunicación de Toronto. Comprendiendo los efectos de los cambios tecnológicos*, México, Siglo XXI Editores (Col. Diseño y Comunicación), 2009, p. 36.

<sup>13</sup> Eric A. Havelock, *Preface to Plato*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts / Londres, 1963.

<sup>14</sup> Robert E. Babe, citado por Jesús Octavio Elizondo Martínez, *La Escuela de Comunicación de Toronto...*, op. cit., p. 29.

efectos psicológicos e intelectuales de la imprenta, él se estaba preparando para seguir el hilo hacia atrás.<sup>15</sup>

A Havelock, Innis y McLuhan les preocupó centralmente la evolución de las transiciones tecnológicas desde la Antigüedad, pasando por la industrialización hasta llegar a los medios electrónicos, es por ello que sus afirmaciones son pioneras en la manera como hoy concebimos las llamadas nuevas tecnologías. Havelock definía este enfoque (conocido como “mediológico” o “ecológico”) a partir de la insuficiencia de la historia griega y lo necesario de incorporar a la comunicación como un componente que permita comprender la naturaleza de los cambios culturales, de manera particular en las grandes transformaciones que son mucho más una cuestión de ideas, y atraviesan formas de sensibilidad y percepción, reforzadas inequívocamente por las tecnologías de información, que determinan las características de esa percepción y sensibilidad. Havelock comenzó en ese sentido abordando el problema de la oralidad desde varios puntos de vista; en su dimensión histórica se pregunta acerca del significado del pasado y sus relaciones culturales para las sociedades, cómo transitaron de medios de comunicación orales hacia varias modalidades de medios escritos.

Aparte de estos autores, distintos estudios han querido añadir otras influencias centrales al pensamiento mcluhiano, por ejemplo Robert Babe suma a los mencionados la influencia que habría tenido en primer lugar la obra de Lewis Mumford (1895-1990),<sup>16</sup> quien inició como arquitecto y más tarde se introdujo a la “cultura de las máquinas”; su trabajo, abundante y exhaustivo, es vasto en información histórica y pone en relación a diversas

<sup>15</sup> Cf. Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir...*, citado por Jesús Octavio Elizondo Martínez, *ibid.*, p. 33.

<sup>16</sup> Lewis Mumford, *La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1961.



civilizaciones; de manera particular se ocupó de cómo determinadas invenciones transformaron a la sociedad (el caso del reloj y el sentido del tiempo); su trabajo *Technics and Civilization*<sup>17</sup> propone la que es quizá su noción más célebre, la “mega-máquina”, en la que describe cómo en el antiguo Egipto la construcción de las grandes pirámides supuso poner en marcha aparte de las habilidades constructivas, una completa burocracia organizativa; al final de su trabajo, Mumford tiene una visión un poco pesimista de las máquinas, con respecto a la imposibilidad del control total sobre ellas. Junto con Mumford, Babe menciona también a Sigfried Giedion (1888-1968), historiador de la arquitectura, profesor de la Universidad de Zúrich hasta poco antes del inicio de la guerra mundial; las conferencias impartidas durante 1938 y 1939 serían la base de su libro *Space, time & architecture: the growth of a new tradition*,<sup>18</sup> donde elabora una historia canónica de la arquitectura moderna, otra obra central; regresó a Europa en 1947, y un año después publicó *Mechanization takes command*,<sup>19</sup> con el que inauguró un nuevo género historiográfico sobre la técnica.

A nivel de sus contemporáneos, y de esa agrupación que suele hacerse de la “Escuela de Toronto”,<sup>20</sup> hay que subrayar la obra de Walter Ong, creador del famoso *Oralidad y escritura*,<sup>21</sup> sobre quien

<sup>17</sup> Lewis Mumford, *Technics and Civilization*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, Inc., 1934.

<sup>18</sup> Sigfried Giedion, *Space, time & architecture: the growth of a new tradition*, Harvard University Press, 1941.

<sup>19</sup> Sigfried Giedion, *Mechanization takes command: a contribution to anonymous history*, Oxford University Press, 1948.

<sup>20</sup> Cf. Jesús Octavio Elizondo Martínez, *La Escuela de Comunicación de Toronto...*, op. cit.

<sup>21</sup> Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* (primera edición en inglés, 1982; título original: *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*. Primera edición en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1987).

ejerció reconocida influencia. No tenemos espacio para detallar los vínculos entre estos autores, sirva sólo la mención que tanto en los libros del jesuita Ong como en los de McLuhan hay referencias al otro. Lozano<sup>22</sup> nos recuerda que Ong le dedicó un libro a McLuhan sobre Ramus<sup>23</sup> en el que aborda el papel de la visualización en la lógica y la filosofía del Alto Medioevo, mismo que fue utilizado por McLuhan en *La Galaxia Gutenberg*.

### ¿McLuhan como *medio frío o caliente*?

El estilo de McLuhan muestra aspectos particulares que facilitaron la “ideologización” y por otra parte una marginación fortalecida por su tendencia aforística, y por ello fácilmente reduccionista de su pensamiento. Releer *La Galaxia Gutenberg* y *La comprensión de los medios...* desde esos rasgos de estilo y sus procedimientos retóricos nos permite identificar una formación particular, casi oscura, de presentar algunas ideas. Leamos por ejemplo las primeras diez páginas de *La Galaxia Gutenberg*; resulta difícil a un lector poco o nada familiarizado con la idea general del libro, decodificar la idea precisa de este ensayo, con esa extensa explicación de la obra de Shakespeare (*Lear King*), donde el autor desde la literatura ejemplifica las transformaciones de la subjetividad, las tensiones existentes de la Edad Media al Renacimiento europeo. Leer en lo general el índice de *La Galaxia Gutenberg*, muestra un principio de agrupación particular que se infiere por los más de cien extensísimos subtítulos, organizados más como epígrafes y que paradójicamente nos ofrece más información sobre lo que de forma convencional un título suele ofrecer. La sola revisión del

<sup>22</sup> Jorge Lozano, “¿Quién teme a Marshall McLuhan?”, *op. cit.*

<sup>23</sup> Walter J. Ong (1958), *Ramus: Method and the decay of dialogue. From the art of discourse to the art of reason*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.

índice supone un amplio repertorio de lo que se leerá en el texto. A simple vista, no queda claro si el texto es un ensayo literario, antropológico o sociológico, además con una extrema fragmentación en agrupaciones donde intercala afirmaciones procedentes de distintos campos, o más precisamente relación percepción, ingeniería, antropología y literatura, extraña combinación, si tomamos en cuenta, al menos dentro de los estudios sociológicos y literarios en Estados Unidos, lo aparentemente distante al *mainsstream* de las ideas angloamericanas en medio de la efervescencia de los movimientos de emancipación, la revolución cultural en Estados Unidos.

Por su parte, en *La comprensión de los medios...* observamos un conjunto de varios artículos, con un índice que parece menos fragmentado: 33 textos en dos grandes unidades, de la cual la segunda es orgánicamente menos compleja: se pasa revista a observaciones de McLuhan a varios medios de información o actividades comunicativas, pero al mismo tiempo se incorpora un punto de vista que podríamos llamar *mediológico* sobre la ropa, el número, el dinero, los relojes, los cómics, el coche y hasta el armamento.

Finalmente, ¿es posible con un ejercicio lúdico y literario al mismo tiempo meta-caracterizar al propio McLuhan como un *vector* informativo e inscribirlo dentro de sus propias categorías de *hot medium* y *cold medium*? Recordemos rápidamente esta celebrísima dicotomía mediológica y hagámoslo en los términos del propio autor. En el capítulo 2 de *La comprensión de los medios* señala: el medio caliente es aquel que extiende en “alta definición” un único sentido. Una fotografía es de alta definición; la historieta es de baja definición simplemente porque aporta poca información visual; el teléfono es “frío” o de baja definición, porque el oído sólo recibe una pequeña cantidad de información; el habla también, debido a la poca cantidad de información que da y por lo mucho que debe completar el oyente. Un medio caliente, en cambio, no deja que su público complete tanto. Esto lleva a que

los medios calientes sean bajos en participación y los fríos, altos en ésta. Para el usuario de un medio caliente, como la radio, tiene efectos diferentes de un medio frío como el teléfono.

Concluamos nuestro trabajo con este devaneo. Aceptemos la hipótesis de ver en un escritor como McLuhan una modalidad de *medium* que establece tipos de vínculo entre sus preocupaciones y el efecto que ha tenido en sus comunidades de lectores u oyentes. Escritor con frecuencia “oscuro”, interlocutor polémico y figura por lo general ataviada de su traje, que lo mismo repetía una conferencia –como la anécdota de Buendía– que ensaya intuiciones originales, podemos hablar entonces de una especie de “escritura fría” que demanda particulares competencias en sus lectores; empero su concepto y al parecer su orientación general, era proclive a una visión participativa (“cálida”) en donde de hecho podemos clasificar a uno de sus conceptos más celebrados *global village*.

Al cerrar el texto, quedan pocas semanas antes del esperado centenario. Como todo autor controvertido, que incluso en sus época de difusión genera una lectura dominante, creemos hay espacios abiertos aún para la crítica, como profundizar en las formas estilísticas, el estudio comparado –que ya se realiza– y la relectura de algunas de sus categorías a la luz de lo que obviamente no podíamos pedirle al autor en la década de 1960 pero, en cambio, nos ha dado con creces en una obra que no renuncia a lo polémico de su dimensión cálida, así como la provocación del vector más frío, devaneos propios de un autor cuyo propósito explícito era explorar, no explicar.

### Para completar el devaneo: McLuhan en YouTube

Esa gran vitrina de la *video-esfera* en la que se ha convertido YouTube, nos presenta la posibilidad de iniciar un flaneo por los materiales accesibles que permiten reconocer la multiplasticidad de

nuestro polémico autor. YouTube es una especie de enciclopedia audiovisual, que permite también las funciones de “redes sociales” (*networking media*). Es sin duda la Red más consultada, de acuerdo con algunas encuestas de consumo, porque permite una modalidad de autoacceso a una dinámica particular de entretenimiento donde *video-blogger*, aficionados, o profesores-en-línea, suben lo mismo tutoriales de autoaprendizaje, que periódicas referencias a cualquier tema de actualidad. YouTube no es un canal de televisión, pero cumplir esas funciones, igualmente una especie de red, donde principalmente sus usuarios intercambian opiniones sobre los videos que suben, generando una especie de microcomunidad interpretativa que hace un nuevo flujo e interpreta por lo general mediante algún comentario breve lo que la imagen –que varía en calidad, duración y formato– muestra. Es cierto que esas microcomunidades se expanden a la manera de un rizoma, en varios laberintos, lo que de alguna forma imposibilita –como falsa aspiración de cualquier investigador analógico– el acceso a la totalidad, más aún cuando ésta se abre en temas, géneros y espacios muy distintos entre sí.

Cualquiera puede hacer el siguiente ejercicio. Digitemos en una búsqueda en YouTube la entrada “Marshall McLuhan” y veamos las primeras cinco entradas. Este nuevo devaneo tiene un valor exploratorio, o quizá sintomático de lo que se refleja inicialmente en esta red social sobre nuestro autor. En primer lugar aparece una animación de PPT,<sup>24</sup> sorprendentemente para nosotros en español, en la que una voz explica el concepto de “aldea global”, lo que es sin duda uno de los grandes condensadores para referir a McLuhan, y también lo fue, como lo hemos señalado,

<sup>24</sup> “La aldea global-Marshall McLuhan” [<http://www.youtube.com/watch?v=jSV81e4AEus>], fecha de consulta: 5 de enero de 2012.

centro de sus críticos. Más interesante: viene una entrevista titulada “El medio es el mensaje”,<sup>25</sup> grabada por la *ABC Radio National Network* el 27 de junio de 1979 en Australia, pero subida por un usuario hasta 2011; dentro de las cualidades que nos permite YouTube es identificar una primera reacción rápida como esquivada a quién “le gusta” o “disgusta” mediante un icono tan gráfico como confuso (pulgar arriba = me gusta; pulgar abajo = no me gusta); la síntesis tiene su costo: de 353 usuarios de los más de 40 mil que han visto este video, a 350 les agrada y solamente tres señalan el pulgar hacia abajo. Imposible darle un valor a este indicador, más allá de su mismidad. En esta entrevista, hecha tres años antes de su muerte (1980), el presentador realiza una buena introducción, que resume parte de lo que hemos mencionado; señala que si bien en apariencia la formulación de algunas de sus ideas es simple, su pensamiento es siempre provocador. Ahí podemos reconocer el carácter siempre polémico de su autor, la habilidad de responder en extenso, salir del paso, u orientar sus fuerzas contra su interlocutor.

Como tercera entrada de nuestro ejercicio encontramos un fragmento de la película de Woody Allen que ya hemos comentado. Luego encontramos un nuevo video,<sup>26</sup> que se trata del programa de televisión *Explorations*, transmitido el 18 de mayo de 1960, que tiene como invitado a McLuhan y sus presentadores son Alan Millar y John O’Leary. El presentador hace una introducción a todas luces “optimista” de la tecnología no sólo de los medios; atrás del mismo no aparece una cámara de televisión,

<sup>25</sup> “Marshall McLuhan Full lecture: The medium is the message” (1977 part 1 v 3) [<http://www.youtube.com/watch?v=ImaH51F4HBw>], fecha de consulta: 5 de enero de 2013.

<sup>26</sup> “Marshall McLuhan - The World is a Global Village (CBC TV)” [<http://www.youtube.com/watch?v=HeDnPP6ntic>].

sino un teléfono, lo que quizá le lleva a decir que el mundo está más disponible, más “a la mano”. Este video ha sido visto por más de 50 mil personas, y nuevamente la abrumadora mayoría (264 contra 13) han marcado que les gusta, un video que lleva un poco más de tiempo en esta Red, subido en 2009. Aparece una vez como concepto central *Global Village*, Aldea Global, como si esta metáfora pudiera concentrar un conjunto de ilusiones sobre los medios mismos, que al menos en el discurso referido de periodistas y presentadores es central para caracterizar a McLuhan; en la primera mitad de la entrevista McLuhan distingue entre el ser humano de la “Galaxia Gutenberg”, de hombre inmerso en los medios electrónicos, ese hombre tribu (*tribal man*) creado por los medios que lo distingue de ese sentido de lo privado y lo propio generado por los medios impresos (básicamente, el libro); por eso el autor habla de una especie de re-tribalización involuntaria. No deja de llamar la atención que se hable en el contexto de la entrevista de “nuevos medios” a la televisión, justo lo que ahora estamos haciendo con internet no más de 50 años después. Detrás de este concepto había el prejuicio sobre el hecho de que los medios pueden generar sensaciones, representaciones compartidas que permiten más fácilmente la construcción de un conocimiento, un gusto y una sensibilidad compartida. McLuhan menciona cómo el papel de los libros, sin dejar de ser importante, cambia, porque su papel configurador en la cultura será otro. Los “nuevos medios” (televisión), los llama *teaching machine*, pero naturalmente no en el sentido de una formación escolarizada sino muchos tipos de saberes. Claramente señala el autor, que lo primero que afectan los medios son los sentidos, con todo lo que eso supone: nuevas formas de escuchar, ver, sentir, etcétera.

La quinta entrada, un video cuyo título es sugerente (“Marshall McLuhan on YouTube”), da la impresión de un ejercicio realizado por los usuarios. Como todos los anteriores –salvo el primero– es en inglés; también es el que más visitas tiene (más de

130 mil). Nuestro último video, subido en 2007, es otra entrevista hecha por Tom Brokaw y Edwin Newman la mañana siguiente al debate entre los candidatos Carter y Ford en septiembre de 1976. El video tiene más de 82 mil visitas, nuevamente con una abrumadora marca “I like”. En la presentación, se señala que McLuhan llega a Toronto (donde vivía) después de haber visto este debate, no desde lo político, sino “desde el punto de vista televisivo”; así lo que marca inicialmente es la diferencia que al autor ha encontrado entre las dos cadenas que lo transmitieron (ABC y NBC). Entre sus primeros conceptos sobre la televisión, señala cómo este medio no es para debates (*debated media*), de hecho señala que lo que vio la gente fueron imágenes y sonidos, y no tanto lo que los candidatos dijeron en realidad; esta entrevista puede revestir el interés de una aplicación a la comunicación política,<sup>27</sup> donde justamente hace una crítica feroz contra ese debate por acartonado y ficticio, que no tiene que ver con el lenguaje propio de la televisión.

Conforme uno prosigue viendo videos sobre McLuhan (con entradas diversas que pueden ir variando) aparecen otro tipo de materiales. Este primer vistazo nos ha mostrado cómo el nombre del autor se asocia a “entrevistas”, principalmente en inglés, hechas para la televisión angloparlante en su conjunto. También reconocemos la aceptación que entre los usuarios tienen los videos, y si bien no son cientos de miles las visitas, tenemos un conjunto amplio. Para otro devaneo queda el análisis de flujo

<sup>27</sup> Sin duda una de las referencias clásicas para el tema de imagen, televisión y política fue el texto escrito por Giovanni Sartori (*Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, primera edición en italiano y español 1997; segunda edición revisada, 2001), quien polemiza el concepto de aldea global de McLuhan, básicamente por decir que esta supuesta idea de apertura es muy reducida en países sin libertades.



lineal de comentarios y reacciones, a su vez también marcas sobre “gustar/no gustar”, y que ofrecen la posibilidad de un primer ejercicio sobre la recepción de esos materiales, que hoy día podemos ver y que, seguramente, de haber podido verlos en la década de 1980, nuestra percepción de las tecnologías sería otra; pero tuvieron que llegar los ahora re-bautizados nuevos medios, a la luz de lo cual –sin que siempre se esté de acuerdo con McLuhan, y no creemos que cualquier honesto lo estuviera– es fascinante visitar o revisitar materiales que muchos vemos por primera vez. Si bien algunos de estos materiales se repiten, o presentan otros aspectos (por ejemplo el caso de la ya mencionada escena de *Annie Hall* de la que es posible encontrar varias versiones, con distinta duración), hay otras joyas que debemos estudiar detenidamente, como por ejemplo un sugerente debate que sostiene McLuhan con el escritor Norman Mailer en 1968<sup>28</sup> sobre el tema de la violencia y la envoltura que esconden los medios; o bien una conferencia de Paul Levinson, a cien años de McLuhan,<sup>29</sup> donde al inicio de su conferencia hace mención a la escena de Allen que hemos señalado, porque aunque lo que dice el profesor petulante es cierto, la escena es encantadora.

Hemos querido mostrar la pertinencia de ver a McLuhan con ojos nuevos, desestereotiparlo por segunda vez, si antes se le vio con los ojos del “integrado” y visión acrítica de las tecnologías, no

<sup>28</sup> “Norman Mailer and Marshall McLuhan expound on violence, alienation and the electronic envelope. The clash of two great minds”, publicado el 16 de junio de 2012 [<http://www.youtube.com/watch?v=PtzxWR-jixY>], fecha de consulta: 5 de enero de 2013.

<sup>29</sup> “Marshall McLuhan at 100: Media Expert Paul Levinson”, conferencia del 23 de febrero de 2011 en St. Francis College’s [<http://www.youtube.com/watch?v=FVX5m7PoZsg>], fecha de consulta: 5 de enero de 2013.

quererlo recuperar como la panacea. McLuhan no predijo todo, pero su estilo y forma de hablar hacían creer esa disposición, en el origen de la televisión, para repensarlo todo y estar abierto a reconocer las más fascinantes de las transformaciones tecnológicas y culturales. Es cierto que no podemos conceder aplicación de lo dicho, en nuestros países, siempre más complejos por las variables a considerar en sus procesos de poscolonización, y donde por ejemplo la retribalización que McLuhan veía en el habitante promedio de la sociedad altamente industrializada, tiene que matizarse a la hora de referir nuestras culturas regionales, o reconocer esa especie de impacto contrahecho que tuvo la televisión, al menos en el caso de la cultura mexicana.

### Bibliografía

- Andrade, Gabriel, "La estética en Marshall McLuhan: percepción y tecnología", *Enl@ce. Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, año 2, núm 2, mayo-agosto, 2005, pp. 11-26 [<http://www.portalcomunicacio.es/download/19.pdf>], fecha de consulta: abril de 2011.
- Galindo, Jesús, "La generación McLuhan en el campo académico de la comunicación en México: una historia con antecedentes y consecuentes", *Hacia una comunicología posible*, San Luis Potosí, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2005, pp. 119-126.
- Elizondo Martínez, Jesús Octavio, *La Escuela de Comunicación de Toronto. Comprendiendo los efectos de los cambios tecnológicos*, México, Siglo XXI Editores (Col. Diseño y Comunicación), 2009.
- Islas, Octavio, "La era McLuhan", *Revista Mexicana de Comunicación*, núm. 88, México, Fundación Manuel Buendía, 2004, pp. 50-52 [<http://www.mexicanadecomunicacion.com.mx/Tables/RMC/rmc88/era.html>], fecha de consulta: diciembre de 2004.

- Islas, Octavio, "Mc Luhan es el mensaje", *Global Media Journal. Edición Ibero-americana*, vol. 2 núm. 3, primavera, Monterrey, ITESM-Monterrey, 2005 [[http://gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo\\_8.html](http://gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo_8.html)], fecha de consulta: marzo de 2011.
- Mcluhan, Marshall y Eric McLuhan, *Laws of Media: The New Science*, Toronto, University of Toronto Press, 1988.
- Paz, Octavio, *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral, 1984.